

Verdaderamente había provocado Antonio á Roma. Repartir el imperio de Oriente, á su custodia fiado, como si repartiera un predio; suscitar la vieja dinastía de los Alejandros frente á la nueva dinastía de los Césares; constituir en estados independientes las conquistas y los dominios romanos; hacer de Grecia su mancebía, de África un eje á cuyo alrededor girase todo el mundo romano, de Asia una especie de dispensa destinada en sus desvaríos á proveerle comedor y cocina, de Cleopatra la señora y emperatriz del medio planeta conocido; todas estas insensateces, demostradas y puestas de bulto en las orgías del gimnasio alejandrino y en el testamento enviado á las vestales romanas, debían tarde ó temprano traerle todos los odios de la Ciudad Eterna, venida con las intuiciones, con los instintos, con las aptitudes que traen siempre al mundo aquellas colectividades destinadas á desempeñar un gran ministerio en la sociedad y á dejar un recuerdo imperecedero en la historia. Cuando llegó á saber Octavio las escenas que habían pasado en la ciudad émula de Roma, cuando miró y contó los rivales traídos al imperio por las demencias antonianas, propúsose trazar la debida raya con su cetro recién forjado á tantas increíbles insensateces. La política de unidad imperial, á que prestaba culto, le movió en

sus determinaciones y le impulsó á prescindir de Antonio y alzarse con la parte de imperio cedida por necesidad á su ambición en premio de sus servicios. Pero como necesitaba mover al pueblo por otros móviles menos recónditos y más vulgares que los suyos, le sirvió á este fin muchísimo el proceder brutal de Antonio con su hermana Octavia, patentizado por una serie de vergonzosos hechos á cual más reprobables. Estaba la tercera mujer de Antonio sobre la segunda, sobre Fulvia, muchos codos, por su integridad y por sus virtudes. Lejos de separar y dividir á los dueños del mundo, juntábalos en todas las ocasiones propicias y unía-los en el gobierno y dirección de Roma. Lejos de alzarse, como Fulvia, á la cabeza de legiones medio rebeldes, enderezaba las que tenía por encargo, ya de Octavio, ya de Antonio, á la orden respectivamente de ambos y á la observancia de sus deberes militares. En los meses anteriores á la declaración de guerra entre Antonio y Octavio, la hermana de éste y esposa de aquél supo granjear al dueño de Oriente legiones y riquezas occidentales arrancadas por medio de cariñosas instancias para su enemigo y para su émulo al dueño de Occidente. No satisfecha con esto la solicitud cariñosa de Octavia, fletó una escuadra y se fué á Grecia en busca del descastado Antonio, que acababa en aquellos

mismos días de, sin consideración alguna, herirla, yéndose del hogar en busca del Asia y de Cleopatra. Para el dueño de Roma, para Octavio, los crímenes de Antonio eran condenables por tener un carácter político del todo contrario á sus intereses y á los intereses romanos; mas para el vulgo, se veían de relieve tales crímenes en su aspecto familiar y doméstico; en la regia manceba conducida como una diosa por Africa, y por Grecia, y por Asia; en la prole adulterina sin escrúpulo alguno adoptada contra los derechos de su prole propia y legítima; en el hogar abandonado; en la virtuosa mujer herida y sola; en el atropello y vulneración de todos aquellos afectos que forman la familia y que constituyeron como la base y fundamento del viejo gobierno romano. Así, cuando vieron los habitantes de Roma, los que formaban ese colectivo espíritu de la ciudad, al cual denominamos hoy opinión pública, volverse Octavia sin escuadra, sin tesoro, sin legiones, rechazada por el esposo legítimo á causa de una hechicera y gitana enemiga, levantaron los brazos hacia Octavio y le pidieron á toda prisa y á toda costa la guerra y la guerra inmediata con la inmunda pareja que había convertido la mitad del orbe romano en vergonzoso lecho de sus adúlteros placeres.

Cleopatra y Antonio hubieran podido, en el mo-

mento de arrancar á Octavia los recursos aportados por ella desde Occidente, volverse contra Roma y derrotar á Octavio con el número crecido y la superioridad indudable de sus fuerzas. Pero el combate y la guerra exigían ciertos cuidados al ánimo y ciertos empleos de tiempo incompatibles de todo punto con su afán y anhelo por fiestas y regocijos. La religión entraba en sus orgías tanto como el arte. Los templos á Isis improvisábanse junto á los templos de las antiguas divinidades paganas. Pero el santuario apercebido según las viejas liturgias egipcias; el baño aromático dispuesto en patios misteriosísimos, de los cuales darían idea nuestros patios árabes; los libros sacros en voz alta y por coros cantados; las teatrales decoraciones, en que se fingía la inopinada reaparición del sol á media noche; los descensos á las sombras de la muerte y el despertamiento á la vida beata; los trajes de blanco lino recamados con flores varias y con animales simbólicos; las clámides rozagantes de oro y plata; las antorchas que, al par, despedían reflejos misteriosos y aromas de mirra é incienso; las diademas de palmas; los bailes sacros; la representación del cielo y del infierno en rápidos y bruscos cambios de vistosisimas decoraciones deslumbradoras, no tenían otro objeto sino dar más incentivo al deseo y más intensidad al goce. Parecíanles

á uno y otro que la sangre ardía más en sus venas, que palpitaba en su pecho el corazón suyo con mayores y más voluptuosos latidos, que los espasmos y los sacudimientos de sus nervios, que los transportes y los deliquios de sus sentidos, que la sensualidad infinita de su carne se acrecentaban, asociando á su alcoba y á su tálamo, donde se revolcaban, sedientos y ebrios á un mismo tiempo, exhaustos y no satisfechos, el tropel de los dioses cabires cantados por Píndaro, el platillo y la sonaja de los coribantes en coro, el aroma embriagador de los misterios divinos, el crepúsculo voluptuosísimo de liturgias en las cuales buscaban filtros para centuplicar las fuerzas de sus cuerpos y el número de sus goces. Así consultaban los viejos libros y reproducían las viejas fiestas, solamente para que las tradiciones eleusinas, los mistagogos sacros, los videntes estáticos, los profetas vulgares, los sicofantas y los sacerdotes de todo género y de toda procedencia se asociaran á su vida y les trajesen goces no gustados, como extraídos de algo sobrenatural, de sus relaciones con las divinidades creadoras y con los cielos eternos. Y no les parecía bien dominar lo presente y lo pasado tan sólo, querían forzar lo porvenir á prestarles también verdaderos goces. Junto á los tropeles de sacerdotes adscritos á todos los cultos; junto á las orquestas formadas por compañías

de flautistas y citareros; junto á los actores de todas las ciudades traídos y con riquezas cuantiosas estipendiados; junto al ejército de bailarines que danzaban sin término y sin fin, cayendo muchas veces muertos de cansancio al pie del trono imperial; junto á los encantadores y hechiceros, y magos, y brujos de todos los sabidos y aun imaginados sortilegios; junto á los aletas, y á los funámbulos, y á los gladiadores, había siempre adivinos encargados, para que fuese más intenso y seguro el placer, de ahuyentar las sombras con que la incertidumbre de lo futuro circunda y rodea las mayores satisfacciones de nuestra precaria existencia. Las aves mensajeras de los dioses y venidas por el propicio costado derecho; el Norte, á cuyo punto cardinal deben volverse siempre los consultantes; el augurio trazado por las alas así de las aves carniceras como de las aves canoras; los indicios celestes, revelados por el estallido y relámpagueo de inesperado aereolito en la noche serena; los jeroglíficos formados por los astros en sus constelaciones y en sus conciertos; la hieroscopia ó adivinación por la consulta de los animales inmolados en los sacrificios religiosos; el dibujo que forman las humaredas místicas de la mirra y del incienso en los templos tan parecidos á los fantásticos formados por las nubes entre los reverbeos y arreboles del ocaso; la

quiromancia y libanomancia, tradicionales artes para extraer secretos y revelaciones á lo porvenir; todo cuanto ofrecían en los antiguos tiempos á la humana curiosidad las adivinaciones, todo servía de oráculo á los dos amantes para decirles que su juventud iba por toda una eternidad á prolongarse y que sus placeres tendrían siempre los dejos de un primer beso tras largos ensueños é impacientísimos deseos.

Antonio y Cleopatra iban del Egipto á Efeso y de Efeso á Samos reuniendo ejércitos y gozando mutuamente de su respectivo amor. Las armadas y las legiones suyas estaban compuestas de todas las razas orientales. Los griegos reproducían, no el valor, pero sí el traje y las insignias con que combatirían en tiempo de Milcíades; los tracios iban como si los convocase la voz misma de Alejandro, al atravesar el Helesponto; los sirios llevaban consigo sus armas y sus encantamientos; el nauta humildísimo, que navegaba por las tranquilas aguas del mar Caspio, y el renombrado marinero de las Sirtes, el armenio y el ilirio, corrían al combate provocado por los restos de Octavio; mas en los preparativos de tal combate Cleopatra y Antonio encontraban medios para continuar sus fiestas perdurables. No se contentaban uno y otro con nada menos que con fingir y caricaturar los viejos dioses rurales en me-

lodrama eterno. Disfrazaban á sus cortesanos y á sus damas de faunos y faunas, genios que protegen las campiñas, que riegan los pastos, que presiden las fecundaciones, que aroman las flores, que ayudan á la fecundación universal, y que, por lo mismo, de sus facultades creadoras extraen una lascivia, la cual, degenerando en demencia, trastornaba los sentidos y aumentaba la facultad de gozar. Eran de ver aquellas legiones desnudas encendiendo grandes hogueras compuestas de romeros, olivos y laureles y presentando libaciones á las divinidades ocultas, como si hubiese descendido el Olimpo al llano. Por su parte Antonio no se contentaba con nada menos que con representar á Baco. Una piel de tigre cubría sus hombros; una corona de hiedra y pámpanos sus sienes; el tirso ceñido por mitológicas serpientes servíale de cetro; los címbalos, las flautas, los caramillos le daban música; y en tal traje hacía traer los odres llenos de vino nuevo y escanciaba su contenido en copas lucientes, hechas y cinceladas por los primeros artistas, bebiendo entre himnos voluptuosos, música sensual, correrías báquicas, fiestas epicúreas, embriagueces divinas; todo representado en aquella especie de teatro erigido en el circuito de una isla como Samos, para que la manceba de Antonio se divirtiera y gozara. Por eso decían las gentes que, mientras el mar se

cubría de homicidas escuadras y la tierra temblaba so el peso de las legiones y guerreros venidos de los cuatro puntos cardinales á un duelo sin fin y forjaban las fraguas instrumentos de matanza y exterminio, una sola isla en el planeta entristecido resonaba con alegres cánticos, despedía voluptuosos regocijos y destilaba por todos sus poros el vino y el placer. En estas los cónsules pertenecientes al partido antoniano desertan de Roma para irse al campo de Cleopatra; dos íntimos del pretoriano divulgan su testamento, que confiere á un bastardo africano la primogenitura de César, y Octavio declara la guerra, no á su émulo y rival, sino á la manceba que lo hechiza y somete, mientras el hechizado repudia solemnemente á su mujer, logrando, en virtud y por obra de las leyes romanas, que desconoce y vulnera, su expulsión del hogar, expulsión hecha con arreglo á jurisprudencia, pero generadora de inextinguibles odios y propia tan sólo para traer y precipitar la catástrofe. A pesar de todo esto, Antonio se apercibía con presteza y con magnitud al combate. Las disipaciones de su vida no empecían el ejercicio de sus extraordinarias aptitudes militares. Si hubiera dado el golpe con la misma celeridad empleada en prepararlo, de seguro vence á Octavio. Pero cerca ya de Italia, tras una muy bien dispuesta navegación, se retiró,

cual si el Occidente le retrajera y le fascinara el Oriente. Después de tal correría inútil, escogió Patrás por cuartel de invierno. Y á pesar del mucho dinero que había, en sus riquezas innumerables, aportado Cleopatra para la manutención del ejército, dividiólo Antonio en cortos destacamentos, creyendo así ocurrir bien y pródicamente á sustentarlo. Cien mil legionarios, mil doscientos jinetes y escuadrones innumerables de Oriente, mandados por sus propios reyes, componían el núcleo de aquellas poderosas fuerzas destinadas, en verdad, contra el mundo romano.

La fascinación de Cleopatra sobre Antonio, lejos de disminuirse con la posesión, y el goce, y el tiempo, se aumentaba. Débil por mar y fuerte por tierra, hubiérale convenido mucho al pretoriano la batalla terrestre. Mas como quiera que la batalla terrestre no entraba en los planes de Cleopatra, ni convenía de ningún modo á sus intereses, por querer arrogarse la victoria con su ejército y pertenecer su ejército á la marina, optóse contra los más sabios consejos y las más prudentes advertencias por el combate naval. Sus galeras, reunidas en el golfo de Ambracia, cerca del promontorio Accio, subían á quinientas, cuya mayor parte, de colosales proporciones, y con diez bancos de remeros por banda, parecían ciudades y fortalezas flotantes. Pero estas ma-

ravillosas fábricas, preparadas de antiguo por los reyes egipcios en previsión de un ataque á su sede capital, á su Alejandría, no estaban de ningún modo tan bien dotadas como bien hechas. Campesinos griegos, felhas del desierto egipcio, muleteros y chalanes, gente de poco mar y mucha tierra, las guarnecían, mareándose á una, como puestas fuera de su natural elemento. No tenía la escuadra de Octavio el número de naves que la escuadra de Antonio, ni la mitad siquiera. Sus galeras parecían barquillas frente á frente de las altísimas naves antonianas, pero, muy ligeras de suyo y muy bien equipadas, ofrecían ventajosos medios al dueño de Occidente sobre los allegados por el dueño de Oriente. Ochenta mil romanos legionarios, caballos en proporción, fuerzas auxiliares en crecido número componían el ejército de Octavio. Todo el invierno del año 723 estuvieron uno y otro ejército atisbándose y husmeándose, pero sin atreverse á entrar en línea de batalla. Entre las fortunas y ventajas de Octavio contábanse, como las primeras, un estadista del talento que Mecenas tenía, y un general del esfuerzo con que dotó el cielo á su Agripa. Éste comandaba la marina romana, y comandándola, sabía molestar con toda suerte de molestias al perezoso y descuidado Antonio. Mientras la buena organización de Agripa y su trabajo aumentaban las fuerzas de Oc-

tavio, la deserción y el abandono consiguientes á las malas dotaciones marinas allegadas por su mancha disminuían las fuerzas de Antonio. Con muchos buques, pero con poca matrícula, dejaba éste á su enemigo el paso de los estrechos sin vigilancia y el dominio de las aguas sin lucha. Bien pronto se personó el dueño de Roma con séquito considerable á la entrada de Ambracia, donde tenía su ancladero Antonio. Desde una colina de la ribera llamada Nicópolis más tarde, contemplaba Octavio el enemigo enfrente; á la derecha el azul mar de Jonia, tan bello, y á la izquierda esa incomparable bahía que penetraba por treinta largas millas en tierra y tenía diez millas de ancha. ¡Magnífico teatro! Las playas de aluvión y el círculo de colinas coronábanse al extremo del terrestre horizonte con las nieves perpetuas que ciñen los montes de Tesalia, Epiro y Etolia. Una península diminuta, pero bellísima, se ostentaba en el golfo, á cuyo extremo relucía bellissimo templete de Apolo. Brillante y deslumbradora naturaleza, destinada por el cielo á presenciar una horrible tragedia. En Patrás se hallaba el pretoriano Antonio cuando llegó al ingreso de Ambracia Octavio. Su ardor no se desmintió en este momento supremo. El epicúreo, envenenado por el áspid y el ojo de aquella serpiente africana, esquivóse un minuto á su fascinación y se recono-

ció guerrero. Así se parapetó, partiendo desde su campo de Patrás al promontorio de Accio, frente á las legiones romanas, y dispuso admirablemente sus fuerzas terrestres. Pero no había con igual inteligencia y previsión ocurrido al cuidado y celo de sus fuerzas y de sus gentes marinas. Agripa, tan sabio en mar como en tierra, tocaba en la isla de Leucades y ponía una invencible interceptación entre las dos mitades mayores de la escuadra oriental. Antonio estaba perdido.

Filadelfo, un régulo de Paflagonia, inició la deserción, al ver la desgracia de su amo y superior. Domicio, que presidía la familia más enemiga de Octavio, siguió el ejemplo dado por Filadelfo. Amintas, regalado con dominios extensos y larguezas cuantiosísimas del general, siguió á los precedentes, atraído por el culto á la victoria, que tantas y tan inverosímiles traiciones engendra entre las gentes militares. Luego se fué un rey como Deyótaro. Las fuerzas de Antonio se quedaban en cuadro. Su general Canidio, á quien diera el mando superior de la escuadra, le desaconsejaba la permanencia en aquel sitio y le impelía con obyurgaciones apremiantes á que abandonara los marinos á la fuga y salvación segurísimas, yéndose con su ejército íntegro por tierras de Tracia y Macedonia, donde podría bien fácilmente aguardar y

vencer á un ejército más débil en fuerzas y más corto en soldados que su ejército. Antonio desoyó este consejo salvador, perdiendo un tiempo precioso y atomizando sus gentes en diminutísimos grupos. Una serie de batallas parciales, mejor dicho, de parciales combates, ni siquiera combates, de verdaderos encuentros, ponía todas las ventajas, sin excepción, del lado de Octavio. Al ver esto, lo supersticioso que había en la naturaleza de aquel hombre sobrepujó á lo guerrero, y remembróse de que no corriera con Octavio apuesta, ni á los dados jugara, ni dispusiera sus fieras ó sus aves frente á las fieras y á las aves de Octavio en riñas y en porfías sin que le hubiese tocado perder siempre, como si la estrella suya fuese adversa mientras que favorable y propicia la estrella de su rival. Desde que tal superstición le asaltó la mente, y agorerías tales de su voluntad se apoderaron por un sortilégio maleficio, Antonio sólo pensó en lo fatal é inevitable de su próxima derrota. Y tras esta obsesión de la derrota no se ocurrió á su inteligencia oscurecida y á su voluntad embargada ningún género de recurso. Vano, ligerísimo, sintiendo más el aparato de la derrota que la derrota misma, engañándose á sí como niño inocente, corriendo á salvar las apariencias, puso en línea de batalla su escuadra, so color de combatir,